

¿QUE ME ESTARA PASANDO?

Me siento como... intoxicado.



Cuando sienta esa sensación de continua "llenura"... esa falta de ganas para todo... ese dolorcito de cabeza que los calmantes no acaban de quitarle, confíe en el remedio más fácil y eficaz: las Pildoritas Carter. Estas famosas pildoritas estimulan la secreción del jugo biliar, que actúa como un laxante natural, ayudando a restablecer su bienestar.

PC-2-58

PILDORITAS CARTER
ahora también en sobresitos de **5** g

YO VINE EN EL GRAMMA...

(Continuación)

El combate continuaba vigoroso... Ardía la caña y la transmisión de órdenes se dificultaba. Precisó dividirse en grupos para facilitar la retirada: la cita era en la Sierra Maestra.

A cada brigada tocó distinta suerte. Marchábamos abrumados, dejando atrás los cuerpos de unos cuantos bravos, que fertilizaban la tierra con el mejor de los abonos: el abono de la libertad.

Algunos también se orientaron mal, acercándose demasiado a la costa, hasta los farallones. Extenuados, sin fuerzas, sin agua, se acogieron ingenuamente a la tregua y ¡fueron fusilados!...

La lista incluye estos nombres: Cándido González, Antonio López, José Smith, Rayo, Cabañas, Luman, Hirzel, Raúl Suárez, Elmuza, Saavedra, Luis Arco, Mestre, José Camón, Juan Manuel Márquez, Badía y Eduardo Reyes.

Mi grupo, que contaba a Fidel Castro, tuvo más suerte. Peregrinamos por las cañas sin orientación. El 6 de diciembre nos localizaron los aviones y las ráfagas de ametralladoras caían próximas a nosotros. Milagrosamente, ni un rasguño, pero se requería la retirada cautelosa.

El jugo de cañana nos alimentó durante cinco días y por las mañanas chupábamos el rocío de las hojas. Era deliciosamente fresco...

Recuerdo que oí a alguien proponer a Fidel:

—El día que la Revolución triunfe, tenemos que levantar un monumento a la caña salvadora...

Aproximadamente el 12 de diciembre, descansamos en la cúspide de una colina, desde donde se divisaba un caserío. Por la tarde, nos acercamos y logramos orientación para la caminata nocturna: unos kilómetros más por entre terreno quebrado, adentrándonos a la Sierra Maestra.

Al día siguiente nos detenemos en una colina. Más tarde un explorador se acerca a una casita en que vivían dos hermanos, ya casados. Toca a la puerta y dice:

—Yo soy revolucionario, si es posible quisiera me diera de comer a mí y a mis compañeros.

El campesino receleso, miró por unos instantes sin decir palabra. Dirigiéndose a su interlocutor respondió:

—¿Dónde está su gorra?... Y las botas, ¿dónde las dejó?

Presuroso el enviado explicó: —Yo perdí la gorra y las botas, pero mis compañeros sí las traen...

Entonces me miró fijamente y tras palparme las botas exclamó:

—¡Ustedes sí son nuestros!... De las gentes de Fidel Castro... Hay que cuidarse. Pues andan muchos soldados...

Pronto movilizan al vecindario. Llegan desconocidos con las manos llenas: pollo asado, plátanos fritos, yuca con mojo, frutas y leche. ¡Un banquete!

Poco después ofrecen estas noticias:

—Por aquí pasaron compañeros de ustedes que están con Crecencio... Se les veía contentos...

Allí comenzaba una red de celosos y eficientes guías organizados por Crecencio Pérez. A partir de ese instante, no nos faltó nada: orientación, comida y descanso.

A la tarde siguiente, prestos a emprender camino, vimos aproximarse a un vejito sudoroso, con un cubo en la mano. Dirigiéndose a mí, dijo:

—A ustedes mismo buscaba... Sabía que estaban por aquí y les traigo este cubo de arroz con pollo que hizo mi señora...

¡Nunca tuve tantas ganas de llorar de emoción!

—No sé leer —contó el vejito—, pero guardo las BOHEMIAS donde escribe Fidel y mis hijos me las leen con frecuencia.

Habló de Cuba con respeto. Tenía expresiones sabias, que impresionaban gratamente. Nunca vi a un analfabeto tan culto.

Al retirarse, mirando a Fidel que había identificado, le dijo:

—Cuando cayó Maceo, un soldado español que vio en sus ropas algún distintivo le gritó a su jefe: "¡Aquí cayó un grandel!"... Ahora yo diría que usted también es un grande, al verle esa estrella que tiene en la gorra.

El anciano, que nos brindó un rato reconfortante e inolvidable, se marchó después y mandó a sus hijos con aceite para los rifles. Traían este mensaje del viejo:

—Afilen bien la puntería, que Cuba necesita gente como ustedes...

A la caída de la noche, mientras nos preparamos para partir, nos sorprendió la presencia de un genfío. Vimos que se aproximaban: eran veinte jóvenes de los contornos que pretendían unirse. Todos preguntaban por Fidel, hasta que una logró reconocerle:

—¡Usted es Fidel Castro!... Yo he visto sus retratos en los periódicos.

Fidel contiene a los jóvenes. Promete aceptarlos más adelante, pues precisaba reorganizar a la tropa dispersa: todos quedan conformes.

Marchamos por lomas, potrereros y cultivos, atravesando la peligrosa carretera de Pilón, infestada de soldados. Nos adentramos en una zona rica y poblada, en que al frente se levanta la imponente Sierra Maestra.

¡El cerco militar está burlado!

El 20 de diciembre, llegamos a lo alto de una colina. Vimos una vaquería próxima y nos adelantamos al ordeñador, que brindó varios litros de leche. Alguien del grupo dijo:

—Sí, Crecencio Pérez me habló de ustedes...

Fidel se interesó por verle. Nadie sabía de su paradero, pero el ordeñador propuso enviarnos a casa de un amigo. Emprendimos la caminata al atardecer, pero inútilmente: Crecencio no estaba allí.

Al ver a Fidel, el campesino lloró a unos hombres:

—Vengan acá, muchachos...

¡Fidel y Raúl se encontraban en plena montaña sin cita previa!

Días más tarde, se produjo la visita esperada: Crecencio Pérez. Recuérdole, un campesino de estampa mambisa, alto, fuerte, de hablar pausado, con su "paraguay" a la cintura y su sombrero de yarey. Más de un centenar de jóvenes le acompañaban.

—Esta gente quiere unirse a ustedes —expuso Crecencio sonriente.

Fidel vaciló un momento. Necesitábamos más hombres, pero no teníamos armas que entregarles. Por fin dijo:

—Solo podemos aceptar quince, los demás no se desanimen que ya les llamaremos.

Pasamos la Noche Buena en la Sierra Maestra, más fuertes y más optimistas. Teníamos promesas de recibir armas y los voluntarios llegaban por cientos todos los días. Fidel trazaba estrategias bélicas para semanas próximas y se preocupaba por obtener noticias de la situación cubana.

Comprendí la necesidad de que el pueblo conociera su paradero. La falsa información de su muerte, sembraba una duda que el gobierno se ocupaba de explotar. Fidel concibió la idea de que se realizara un reportaje periodístico en la Sierra Maestra y me encomendó la misión.

Partí en los primeros días de enero, en que se estudiaba la posibilidad de atacar el campamento de La Plata. Llegué hasta una carretera en que me esperaba un vehículo para ir a Santiago de Cuba: vi con emoción como la Revolución dominaba la ciudad y como todo el pueblo aplaudía en silencio a los 300 combatientes del 30 de noviembre.

Llegué a La Habana, cuando se decretaba la suspensión de garantías y se imponía la censura de prensa. Tenía poca confianza en la posibilidad de lograr el reportaje. Supe que Herbert L. Matthews estaba en la capital y fui a verle con la propuesta: entrevistar a Fidel Castro.

Y aceptó...

Salimos el 15 de enero, Matthews y su señora, así como dos compañeros más. El sagaz periodista brindó todos los por menores del encuentro en su reportaje de entonces. ¿Qué pudo agregar yo?

Vi a Matthews y a Fidel departir largamente el 17 de enero a prima mañana. Yo llevé al periodista hasta la propia Sierra Maestra: frente a las ridículas negativas del régimen, ahí están la sensacional entrevista y el testimonio de quien propició el encuentro.

¿Se podrá seguir dudando que Matthews no fue a la Sierra Maestra?

Mi visita de entonces, me impresionó favorablemente. Constaté que la tropa mantenía elevada moral y tenía confianza en la victoria final. Me presentaron a mucha gente nueva, que vi estaba bien equipada.

Volví a La Habana en momentos en que "The New York Times" estremecía a la opinión pública cubana y norteamericana con su entrevista con Fidel y presencié entre carcajadas las torpes desmen-

tidas del régimen. Conocía ya de otra noticia trascendental: la incorporación de los tres jóvenes norteamericanos.

¡Ellos sí están en la Sierra Maestra!

Su historia es como sigue:

Desde antes del 30 de noviembre mantenían relaciones con el Movimiento 26 de Julio en Guantánamo. Intercambiaban ideas y cooperaban activamente. Conocedores de que se reagrupaban fuerzas, plantearon su unión a las tropas. Recuerdo que Fidel discutió el asunto conmigo y me dijo:

—Nadie les puede quitar su derecho a pelear por la libertad... No se les fuerza, vienen espontáneamente.

A mi salida de la Sierra Maestra, aún no habían llegado. La noticia se brindó en Cuba y en el extranjero, pese a que todavía estaban en camino. Los tres jóvenes norteamericanos, iban acompañados por decenas de combatientes del 30 de noviembre, pero su incorporación no se produjo hasta mediados de marzo.

Acampados próximos a la Sierra Maestra, se tomaron las fotografías que publicaron "The New York Times" y BOHEMIA. Su jefe inmediato, es un compañero que habla correctamente el inglés. Tengo noticias, que son tres muchachos disciplinados y joviales, de hondas concepciones democráticas.

Mi presencia en La Habana, para estimular la resistencia cívica, coincide con el quinto aniversario del advenimiento del régimen marxista, maltrecho y resquebrajado. Entonces oigo decir:

—Matthews no entrevistó a Fidel...

—Los americanos no están en la Sierra Maestra...

—Fidel no está en las montañas...

—Es imposible llegar hasta allí... No pude menos que reirme.

Yo que entré y salí de la Sierra, que llevé a Matthews a ver a Fidel, que conocí de la incorporación de los tres americanos, sabía bien que Fidel estaba en la Sierra Maestra con una nutrida legión de jóvenes, preparados y bien dispuestos.

Vuelto a la ciudad, me sentí contento y optimista, convencido como Martí que, "la vida se debe llevar con bravura y a la muerte se ha de esperar con un beso."

COMO SE ENTERO FIDEL...

(Continuación)

tiago de Cuba. Quince minutos antes, ya habían partido tropas de los comandantes Almeida y García.

A las nueve de la mañana una pequeña caravana se dirigía hacia la planta móvil de Radio Rebelde —7 R R— situada en Palma Soriano. A la cabeza, el Comandante en Jefe; le seguía una perseguidora —"microonda" le llaman los orientales— ocupada por Luis Orlando en Jiguaní; el "land Rover" azul de Sorí Marín y otro carro más con escasa escolta.

Una hora más tarde, el pueblo de Cuba, luego de la emocionante identificación de la planta revolucionaria... "Aquí... Radio Rebelde" conocía de la energética reacción de Fidel Castro ante el golpe de Estado Contrarrevolucionario.

Así se inició el primero de año de 1959. Una vez más, la ya legendaria decisión del Comandante Rebelde ante las situaciones difíciles salvaba a la Revolución en su minuto más trascendente.